

*Rubén Darío: Sueño y realidad**

QUIEN ERES

El encanto
que emanan tus ojos
tienen sabor de tibias caricias
que velándome el corazón
vuelven a llevarme a tiempos remotos
cuando te llamaba Salomé o Cleopatra

Ahora
eres la rubia hada de la esperanza
la ninfa que me despierta
a la luz del sol
las gentiles formas
que me invitan a la danza
un abrazo perenne de confortación

Me entregas ahora
los tranquilos dedos de un angel protector
entonces
eres la niña dispersada que me tiende la mano

Ligera revelas amarguras apaciguadas
luego la mirada
sigue una estrella
las otras estrellas que te dan luz
quizás son las mías
te las daré

Mientras tanto
empiezo a desligarte de la severidad
para encontrar los esplendores de fiesta
de tu sonrisa

Si las fábulas se repiten
quien eres me dirás

D. S. 1987

Rubén Darío, conocido como gran poeta y periodista hispanoamericano, había sido desde sus primeros años un jovencito precoz, por naturaleza inclinado a la poesía, y sobre todo un autodidacta. Su primera colección lírica del 1885 (*Primeras notas: Epístolas y poemas*) evocan las innovaciones métricas de Víctor Hugo. Luego aguza sus primeras armas poéticas arrojándose a Zorrilla, a Campoamor, y a Núñez de Arce. Nació Darío el 18 de febrero de 1867 en la República de Nicaragua, Chocoyos (hoy Metapa) pueblo de la Nueva Segovia. Sus padres, Manuel García y Rosa Sarmiento, le dieron el nombre de Félix Rubén. El apellido Darío lo tomó del nombre de un antepasado suyo con el cual su familia había sido tradicionalmente llamada. La primera producción poética de Rubén Darío fue *Poemas de adolescencia* y *Poemas de juventud*, obras publicadas después de su muerte en Madrid, 1923-24. Estas obras demuestran influjos románticos españoles y franceses. El influjo francés de este período se concentra principalmente alrededor de Víctor Hugo, que Darío conoció a través de Francisco Gavidia durante una permanencia en San Salvador del año 1881. Entre 1886 y 1888 nuestro poeta permaneció en Santiago de Chile como periodista de la *Epoca*. Esta permanencia fue muy importante para el desarrollo de su talento ya que le permitió contactar con corrientes intelectuales y artísticas francesas más frescas. Por consiguiente entre 1887 y 1889 en Valparaíso, donde había conseguido un empleo temporal en la aduana, publicó sus nuevas obras líricas *Abrojos*, *Las rosas andinas*, *Rimas y contrarimas*, *Rimas*. En estas obras Rubén Darío, con deliciosas armonías poéticas, expresa desahogos románticos de pesimismo que tienen resonancias de Campoamor, de Bartrina y de Bécquer. En 1888 publicó también en Valparaíso la obra *Azul* en que, aún en germen, se encuentran los ingredientes del modernismo, nuevo movimiento literario cuyas características incluyen imágenes poéticas del mundo de los encantos y de los sueños, exotismo oriental y formas eróticas de influencia francesa. La inspiración de lo que se puede decir procedimiento técnico de su poesía, Darío la halló en Catulle Mendés. En 1892, después de una intensa experiencia periodística en la América Central, Darío fue delegado representante nicaragüense a las fiestas colombinas de Madrid. Durante esta ocasión nuestro vate atrajo la simpatía de los jóvenes y su nuevo arte tocó favorablemente a los críticos tradicionalistas como Juan Valera. El año siguiente permaneció brevemente en Nueva York y en París, donde pudo conocer a los poetas que lo habían inspirado de lejos como Verlaine, Moréas y Maurice Duplessis. Nombrado cónsul de Colombia en la Argentina y escribiendo artículos en *La Nación* de Buenos Aires, introdujo y difundió en la capital argentina la nueva generación de poetas franceses y en 1896 publicó en Buenos Aires *Prosas profanas y otros poemas*. En esta última obra las características parnasianas de Catulle Mendés se funden con las representaciones simbólicas que *Azul* todavía no tenía. *Prosas profanas* está llena de matices de colores, efectos rítmicos y musicales, palabras exóticas, gusto por el sonido de las sílabas, y nuevas formas sintácticas. Es una maravillosa combinación de varios elementos

derivados de la cultura contemporánea y antigua: «muy siglo dieciocho y muy antiguo y muy moderno, audaz, cosmopólita». Esta colección revitalizó la literatura española. En 1898, después de la guerra hispano-americana, Rubén Darío fue a España como periodista de *La Nación* de Buenos Aires. Allí nuestro poeta, acogido por la juventud española deseosa de lanzarse a las nuevas corrientes culturales europeas, introdujo el modernismo, cuyos inmediatos seguidores fueron A. Machado y J. R. Jiménez.

Durante la permanencia en España por parte de Rubén Darío, las experiencias parnasianas adquiridas ganaron en intensidad y se casaron con las palabras del patriotismo, del orgullo y de la solidaridad del linaje hispano. Con estos nuevos elementos el modernismo entra en el ámbito de la historia actual. La obra es *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas* publicada en Madrid en 1905.

Lo que más pronto notamos, aún después de la primera lectura de las obras cumbres de Rubén Darío (*Azul*, *Prosas Profanas* y *Cantos de Vida y Esperanza*), es el cambio radical de la sensibilidad del poeta frente al mundo que lo rodea, que se advierte ya desde las últimas composiciones de *Prosas profanas* y que definitivamente florece en *Cantos de Vida y Esperanza*. Por eso deseamos trazar el desarrollo de la sensibilidad de este singular poeta e indicar los momentos críticos en que la sensibilidad poético-literaria padece su mudanza.

A Rubén Darío, con el prosista uruguayo Rodó, se le considera como el «caudillo» de ese movimiento innovador de la literatura hispanoamericana que se advierte hacia 1880 y al cual se le dio el nombre de Modernismo. Críticos afirman que este fue el primer movimiento hispanoamericano al cual no se pudo dar un nombre europeo y, desde ese punto de vista, se considera como el primer triunfo de la cultura hispanoamericana. Este movimiento toma una posición antagonista hacia el positivismo y el materialismo, hacia ese mundo saturado de influencia norteamericana y preocupado por el dinero. El modernismo rechaza toda concepción utilitaria del arte y exalta la importancia del *yo*; nace una atmósfera donde los valores intelectuales son los valores supremos, donde domina el culto por la Verdad el Bien, la Belleza. Los modernistas, sobre todo, son estetas no solamente del arte, sino también de la vida misma; ellos, en lugar de una realidad objetiva, prefieren una más alta, la subjetiva, donde dominan fantasía y sueño. Los literatos de este movimiento, en general, rechazan todos los temas políticos y sociales, van en busca de la belleza de la forma y desarrollan el gusto para el símbolo: Rubén Darío dice en *Prosas Profanas*, que no le podría cantar al Presidente de la República como al *Halagabal*¹. Se quiere, por lo tanto, independizar el arte, se devuelve al ideal renacentista del arte por el arte, independiente de lo que enseña Horacio del: «útil y el dulce».

1. Ruben Darío, *Obras Poéticas Completas*, Madrid, Ediciones Aguilar, S. A. 1964, p. 600.

La literatura que se crea no es dirigida a la muchedumbre, más como diría Ortega y Gasset, a «la minoría selecta»; literatura que Darío ha representado poéticamente con la expresión simbólica *torre de marfil*.

Los elementos que dan vida a la escuela modernista son principalmente europeos, ya que en ella se fundan primariamente dos corrientes típicamente francesas: el parnasianismo con su plasticidad y *objetivismo descriptivo*, y el simbolismo con su sugestiva vaguedad musical. Los intelectuales pertenecientes a esta nueva sensibilidad de la cultura hispanoamericana, entonces para defender su posición aristocrática en la literatura, hallan sus armas en Europa y sobre todo en Francia. En el caso de Rubén Darío, Francia y el fascinante clásico mundo griego de los cuadros y estampas de los artistas franceses es donde él halla su propio espíritu:

Amo más que la Grecia de los griegos
la Grecia de la Francia, porque en Francia,
al eco de las risas y los juegos:
su más dulce licor Venus escancia.

Demuestran más encantos y perfidias
coronadas de flores y desnudas,
las diosas de Clodión que las de Fidias;
unas cantan francés, otras son mudas.

Verlaine es más que Sócrates; y Arsenio
Houssaye supera el viejo Anacreonte.
En París reinan el Amor y el Genio.
Ha perdido su imperio el dios bifronte.

Monsieur Prudhomme y Homais no saben nada.
Hay Chipres, Pajos, Tempes y Amatuntes
donde el amor de mi madrina, un hada,
tus frescos labios a los míos juntas².

El ambiente comercial que lo rodeaba no le ofrecía los motivos estéticos afín a su sensibilidad artística y por esto Darío busca su inspiración en temas exóticos. El mismo en el prólogo de *Prosas profanas* declara: «... yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer...»³. Este es el eterno conflicto de nuestro poeta, entre la concepción ideal del mundo y la fea realidad, entre sueño y vida.

Azul fue la obra reveladora del poeta y la que dio el empuje al movimiento modernista, (cuyo órgano principal fue después la *Revista de América*, creada por Rubén Darío y Jaimés Freyre). Después encontramos que con la publicación de *Rosas Profanas* en 1896, el movimiento modernista está plenamente establecido y sus discípulos e imitadores (como Juan Ramón Jiménez, Enrique Díaz Cañedo y otros) son la prueba concreta de la novedad artística que Darío representa. Para fijar esta verdad histórica y para dar una idea más clara de lo que se entiende por modernismo, se

2. Ibid, pp. 607-608.

3. Ibid, pp. 600.

puede citar el mismo pasaje de una notable y célebre historia de la literatura española:

La última evolución de las escuelas líricas francesas del siglo XIX, parnasianismo, simbolismo y decadentismo, fue introducida en el castellano por el poeta de Nicaragua, Rubén Darío: el amor a lo extranjero, que caracterizó especialmente a la llamada generación de 1898, encontró muy a propósito para su afán innovador las nuevas tendencias, y de aquí surgió el modernismo. Las principales características de los poetas modernistas son: uso de metros poco rítmicos y anti-musicales y a veces preferencia por versos largos; consagración de lo raro y estrambótico; insubstancialidad; falta de ideas, sustituidas con frases coloristas y sonoras; obscuridad, para que la interpretación subjetiva de los textos permita a cada lector encontrar cualidades diferentes; inspiración en el amor femenino, bien artificiosos, amanerado y petrarquista, bien fuerte, voluptuoso, de concupiscencias, melancolía, pesimismo, escepticismo; irreligiosidad; eclecticismo candoroso, endiosamiento de Rubén Darío y egolatría; y tendencia de dirigirse a un grupo de intelectuales, no al pueblo, como han hecho siempre los grandes poetas.

En *Azul*, la fantasía del lector es transportada a un lejano mundo idílico poblado de visiones plásticas que recuerdan los pintores del siglo XVIII (Pater, Wateau, etc.), visiones como ninfas blancas con gráciles manos que se bañan desnudas; figuras alteras y diosas amorosas como Diana «real, orgullosa, esbelta, con su desnudez divina, y en su actitud cinegética»⁵ mujeres ideales de labios purpúreos, cabelleras negras y lustrosas que hablan con voz melódica como los acentos de las armas; figuras fabulosas de hadas o reinas rosadas y muchas más. Estos elementos visivos y auditivos están siempre enriquecidos por factores olfativos y táctiles, los primeros sugeridos por imágenes como «lindas flores empapadas de olor, rosas vírgenes, blancas margaritas, azucenas gentiles»⁶ y los otros sugeridos por expresiones como «dedos de rosas que acarician»⁷ o «ardientes caricias»⁸. Pero uno de los mejores ejemplos de estas sensaciones delicadas se halla en la poesía «Anagke»:

Mi ala es blanca y sedosa;
la luz la dora y baña
y céfiro la peina⁹.

Entre este delgado contacto físico con la naturaleza se alternan murmullos misteriosos, músicas raras, ecos de viento (símbolo de la pasión

4. Juan Hurtado de la Serna y Angel González Palencia, *Historia de la Literatura Española*, 2.ª ed. Madrid, S. A. Española de Traductores y Autores, 1925, p. 1051.

5. Obras, pp. 572.

6. Ibid. p. 578.

7. Ibid. p. 577.

8. Ibid. p. 580.

9. Ibid. pp. 586-587.

incontrolable), suspiros, tristezas y nostalgias íntimas, resplandecientes ilusiones, dulces sueños:

El viento
arrastraba rumores, ecos, risas,
murmullos misteriosos, aleteos,
músicas nunca oídas.

El hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda
y el alma de las lirás.
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.
En el fondo se veía
un bello rostro de mujer.

¡Oh nunca,
Piérides, diréis las sacras dichas
que en el alma sintiera!
Con su vaga sonrisa:
«¿Más?...», dijo el hada. Y yo tenía entonces
clavadas mis pupilas
en el azul; y en mis ardientes manos
se posó mi cabeza pensativa...¹⁰

Ahora nos damos cuenta de cómo toda esta vaguedad, todas estas suaves sensaciones se concentran y se dirigen hacia un solo y central anhelo de belleza ideal, de poesía esencial, de sueño, de azul. No es por casualidad que el título de esta obra tan indicativa sea *Azul*, porque el azul, color helénico y homérico y que llegará a ser el color emblemático del movimiento modernistas, es para Darío el color del océano, del firmamento, del sueño, zona en la cual él, no encontrando encantamientos que puedan satisfacer su sensibilidad en el mundo real, siente la necesidad de escaparse. Una evaluación crítica de esta obra, aunque rápida, no sería adecuada sin hacer notar que, no obstante su importancia histórica en la literatura en lengua castellana por las renovaciones que adelanta en la métrica, en el lenguaje, en la adjetivación y en la forma general, cuya importancia sería un error omitir es, sobre todo, una obra universal y su verdadera novedad se halla en la atmósfera general y principalmente en la sensibilidad que muestra.

La admirable selección del vocabulario, el empleo de palabras raras como «cisnes, sordina, autumnal, japonería, ruiseñor», y la preferencia por expresiones preciosas, factores que en *Azul* demuestran el deseo de innovación, se intensifican y alcanzan un estado más elaborado en *Prosas Profanas*: ejemplos de esto son las expresiones *tersas manos*, *ebúrneo cisne*, *arpegios áureos*, *staccati*, *la orquesta perlaba sus mágicas notas*, *princesa de la boca de rosa*, *corte de astros en campo de azur*.

10. Ibid. pp. 578-579.

Ahora vemos el alma del poeta esparcirse en un mundo todavía más legendario, entre visiones exóticas de países lejanos y fantásticos, con princesas y reyes en palacios que abundan de seda, mármol y oro. Su fantasía, entonces, continúa a escapar en sitios imaginarios de reinas «rosadas» y de diosas «amorosas», alcanza el Oriente, la India llena de mitos:

Amame, japonesa, japonesa
antigua, que no sepa de naciones
occidentales; tal una princesa
con las pupilas llenas de visiones

que aún ignorase en la sagrada Kioto,
en su laborado camarín de plata,
ornado al par de crisantemo y loto,
la civilización de Yamagata.

O con amor hindú que alza sus llamas
en la visión suprema de los mitos
y hace temblar en misteriosas bromas
la iniciación de los sagrados ritos.

En tanto mueven tigres y panteras
sus hierros, y en los fuertes elefantes
sueñan con ideales bayaderas
los rajás, constelados de brillantes

O negra, negra como la que canta
en su Jerusalén al rey hermoso,
negra que haga brotar bajo su planta
la rosa y la cicuta del reposo...

Amor, en fin, que todo diga y cante,
amor que encante y deje sorprendida
a la serpiente de ojos de diamante
que está enroscada al árbol de la vida.

Amame así, fatal cosmopolita,
universal, inmensa, única, sola
y todas; misteriosa y erudita:
ámame mar y nube, espuma y ola.

Sé mi reina de Saba, mi tesoro;
descansa en mis palacios solitarios.
Duerme. Yo encenderé los incensarios.
Y junto a mi unicornio cuerno de oro,
tendrán rosas y miel tus dromedarios¹¹.

En esta parte conclusiva de «Divagación» se nota sin duda cómo el mundo fabuloso y la extensa geografía poética se restringe en un sentimiento central de encanto, alrededor del cual se anima toda la naturaleza:

11. Ibid, pp. 600-610.

«lo eterno femenino»¹² de universo. Para exaltar este refinado sentimiento hay la musicalidad de los versos, que frecuentemente no se limita a ser simple armonía verbal, pero va más allá en las esferas de las ideas; es una melodía ideal, armonizada por frases vagas y suspiros tenues:

Era un aire suave, de pausados giros:
el hada Armonía ritmaba sus vuelos,
e iban frases vagas y tenues suspiros
entre los sollozos de los violonchelos.

Sobre la terraza, junto a los parajes
diríase un trémolo de liras eolias
cuando acariciaban los sedosos trajes,
sobre el tallo erguidas, las blancas magnolias¹³.

La imaginación de Darío se abandona con mayor ardor al mundo místico y a los misterios de la antigüedad con sus inquietudes filosóficas en «Coloquio de los Centauros», donde él (atraído por la imponente figura de Quirón, filósofo y médico, que reordena las fuerzas desordenadas de los hijos de las nubes, los centauros), convierte las figuras salvajes de los centauros en pensadores profundos que hablan de los eternos problemas de la humanidad: la esencia de la vida, el pecado original de la hembra humana, el bien y el mal, la paz, y el misterio de la muerte. En composición la actitud hacia la muerte es indicativa de la primera sensibilidad del poeta. Ella ahora es vista como una reina bella e invencible, hemana del reposo y del sueño:

¡La Muerte! Yo la he visto. No es demacrada y
ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.
Es semejante a Diana, casta y virgen como ella;
en su rostro hay la gracia de la núbil doncella
y lleva una guirnalda de rosas siderales.
En su siniestra tiene verdes palmas triunfales,
y en su distra, una copa con agua del olvido.
A sus pies, como un perro, yace un amor dormido¹⁴.

Este concepto lírico de la muerte, como veremos más tarde en *Cantos de Vida y Esperanza*, será reemplazado por un concepto más realista.

El propósito de las observaciones trazadas hasta ahora ha sido de dar realce al destaque del mundo de la realidad que *Azul y Prosas Profanas* representan, refugio aristocrático simbolizado por *jardines de sueño llenos de rosas y de cisnes vagos* y en manera más restricta, por *Torres ebúrneas, alcázares interiores, torres de marfiles*. Pero a medida que nuestro poeta penetra en el arte y en las ciencias de todos los tiempos, se acerca a su alma y se

12. Arturo Marasso, *Ruben Darío y su Creación Poética*. Edición aumentada. Buenos Aires. Biblioteca Nueva, 1941, p. 46.

13. *Ibid.*, p. 603.

14. *Ibid.*, p. 635.

descubre a sí mismo, haciéndose más consciente de la realidad que lo rodea. Este regreso al mundo de la realidad aparece en muchas formas, entre las más salientes son los motivos de España y de su madre patria, Nicaragua. Desde las últimas composiciones de *Prosas Profanas* el lector empieza a notar un despertar del fervor racial:

Maravillosamente danzaba. Los diamantes
negros de sus pupilas vertían su destello:
era bello su rostro, era un rostro tan bello
como el de las gitanas de Miguel de Cervantes

.....
Amo tu deliciosos alejandrino
como el de Hugo, espíritu de España;
éste vale una copa de chapaña,
como aquel vale «un vaso de Bon vino»¹⁵.

Esta nueva actitud inclinada hacia la tradición castellana resalta en *Cantos de Vida y Esperanza* en composiciones como «A Colón», «A Goya», «Salutación del Optimista», «Letanía a nuestro señor Don Quijote», «Soneto a Cervantes». Con la publicación de *Cantos de Vida y Esperanza* (1905) no hay duda que la sensibilidad de nuestro poeta ha padecido un cambio radical. Quizá el dato biográfico al cual se puede atribuir este cambio, haya sido la amistad que Darío, visitando dos veces España (1899), había estrechado con las grandes personalidades literarias españolas de ese tiempo como Menéndez y Pelayo, Gaspar Núñez de Arce, Ramón de Campoamor, José Zorrilla y otros¹⁶.

Si el título *Azul* simbolizaba las *Mil y una Noches* en que Darío prefería escaparse, *Cantos de Vida y Esperanza*, también título simbólico, sugiere el regreso a la realidad y la nueva confianza en la vida. El poeta mismo, siempre autocrítico, nos da una confesión de su mundo interior y de su arte poético desde las primeras páginas de esta última obra:

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de las tórtolas, el dueño
de góndolas y liras en los lagos;

Y muy siglo dieciocho, y muy antiguo
y muy moderno: audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinita¹⁷.

15. Ibid. p. 678.

16. Arturo Torres-Rioseco, *Rubén Darío. Casticismo y Americanismo*, Cambridge. Harvard University Press, 1931, p. 162.

17. *Obras*, p. 685.

Dario, ahora poniéndose cara a cara con los tiempos en que vive, observa la decadencia de la civilización latina opuesta a la superioridad de los anglosajones y dirige su amargura a los cisnes, símbolo de luz, armonía, belleza y dignidad:

Cisnes, los abanicos de vuestras alas frescas
den a las frentes pálidas sus caricias más puras
y alejen vuestras blancas figuras pintorescas
de nuestras mentes tristes las ideas oscuras.

.....
La América española, como la España entera,
fija está en el oriente de su fatal destino;
yo interrogo a la Esfinge que el porvenir espera
con la interrogación de tu cuello divino:
¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?¹⁸

Pero hablando él como poeta de América y como nieto de España, penetra las zonas más profundas del espíritu de su raza, proclamándole una energía oculta, la fe en Dios:

Mas la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahalcoyotl,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlántida
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
la América del grande Moctezuma, del inca,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:
«Yo no estoy en un techo de rosas»; esa América
que tiembla de huracanes y que vive de Amor,
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra, y es la hija del Sol.
Tened cuidado, ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del león Español.
Se necesitaria, Roosevelt, ser Dios mismo,
el riflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.
Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!¹⁹

No es siempre que hay evidencia de optimismo en sus composiciones; los períodos de amargura, tristeza y duda, son frecuentes y creemos, al

18. Ibid, pp. 708-709.

19. Ibid, p. 700.

contrario de lo que algunos críticos han dicho, que en esta melancolía hay también una indicación de su estrecho contacto con la realidad. Sólo la indestructible consciencia de la vida habría podido conducir a expresar el drama doloroso del ser y sentir que a veces lleva al deseo de aniquilamiento. Durante estos periodos, el poeta se da cuenta de las incertidumbres de la vida, sus adversidades y sus tormentos:

Y así voy, ciego y loco, por este mundo amargo;
a veces me parece que el camino es muy largo,
y a veces, que es muy corto...
Y en este titubeo de aliento y agonía,
cargado lleno de penas lo que apenas soporto,
¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?²⁰.

En «Lo fatal», guiado por su nueva sensibilidad, Darío descubre la verdad cósmica, lo que siempre ha sido, lo que eternamente es y será; se da cuenta al mismo tiempo de la limitada condición humana ya que el hombre, ínfimo y casi insignificante parte del universo, enfrente a la magnitud de este misterio puede sólo reconocer no saber nada, ni a donde dirigir su proa. Todo esto el poeta lo expresa con sincera angustia y ansiedad de conocer y demuestra una afiliación con las ideas pesimistas que afirman que quien más siente, más sufre. En medio de esta amplia visión del cosmos, subentran las dos fuerzas opuestas de la vida y de la muerte, de las cuales la última inexorablemente será victoriosa:

pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y es espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber adónde vamos,
¿ni de donde venimos!...²¹.

El desarrollo y el cambio de la actitud mental de Ruben Darío puede descubrirse a través de sus conceptos de la muerte. En los «Coloquios de los Centauros» de *Prosas Profanas*, como ya hemos notado, la muerte era una casta y núbil doncella que llevaba una guirnalda de rosas siderales, dulce hermana del reposo y del sueño. Ahora, en una visión realista, la muerte es algo horrible de temer: «el espanto seguro de estar mañana muerto» y «la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos».

20. Ibid. p. 738.

21. Ibid. p. 752.

El canto ligero de las primeras obras se ha mudado en algo grave, la inspiración es más profunda, donde todo es ansia, ardor, sinceridad y muchas veces sensación pura; la melancolía interior de *Prosas Profanas* sigue todavía, más en un modo más intenso. El tono con frecuencia es vago, indeciso, crepuscular. Pero precindiendo de lo que quiere expresar (ideal de sueño, sensaciones, amor femenino, melancolía, pesimismo, escepticismo) todo está siempre bajo el control intelectual del arte literario, musa que Darío nunca abandona. A este punto parece oportuno reforzar esta observación conclusiva con las palabras de Rubén Darío mismo, que poéticamente confirma la misma idea escribiendo:

La torre de marfil tentó mi anhelo;
 quise encerrarme dentro de mí mismo
 y tuve hambre de espacio y sed de cielo
 desde las sombras de mi propio abismo.
 Como la esponja que la sal satura
 en el jugo del mar, fue el dulce y tierno
 corazón mío, henchido de amargadura
 por el mundo, la carne y el infierno.
 Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
 el Bien supo elegir la mejor parte;
 y si hubo áspera hiel en mi existecia,
 melificó toda acritud el Arte²².

En conclusión, entonces, el arte literario de Rubén Darío, que una vez estuvo al servicio de la imaginación y de los sueños, ahora vive para expresar las angustias más tangibles y concretas.

DOMENICO SOTTILE

* En la elaboración de este trabajo se ha tenido en cuenta la bibliografía siguiente:

- Bazin, Robert. *Historia de la literatura americana en lengua española*. Buenos Aires: Editorial Noza, 1955.
- Darío, Rubén. *Obras poéticas completas*. Madrid: Aguilar, S. A. de Ediciones, 1949.
- De Tomasso, Vincenzo. «Ruben Darío e il rinnovamento della poesia spagnola». *Caravana*, XIV.
- Del Río, Angel. *Historia de la literatura española*, New York: Holt, Rinchart and Winston, edición revisada, Tomo II, 1963.
- Fiore, Dolores Ackel. *Rubén Darío in Search of Inspiration: Greco-Roman Mythology in His Stories and Poetry*. New York: Las Américas, 1963.
- Marasso, Arturo. *Rubén Darío y su creación poética*. Argentina: Biblioteca Nueva, Edición aumentada, 1941.
- Metzidakis, Philip. «Unamuno frente a la poesía de Rubén Darío». *Revista Iberoamericana*, XXV (1960).
- Sánchez-Castañer, Francisco. *Estudios sobre Rubén Darío*. Madrid, Villena, Artes Gráficas, 1976.
- Torres-Rioseco, Arturo. *Rubén Darío casticismo y americanismo*. Massachusetts: Harvard University Press, 1931.

22. *Ibid.*, pp. 686-687.